



## XLII

LAS TEMPESTADES DEL ALMA.

*¡Domine, salva nos, perimus!*  
*¡Sálvanos, Señor, que perecemos!*  
MAT. VIII. 25.

**H**IJA mía muy amada en el divino Corazón bien sé yo que en la vida espiritual hay ciertas épocas de pruebas amarguisimas, enviadas por Dios para purificar al alma: pruebas de que no puede formarse idea el que no las haya gustado; y pruebas en fin que ponen á la pobre alma en las puertas de la desesperación. Ya te decía en mi anterior que para la paloma de Jesús, no todo es paz y regalo, sino que tiene también sus dias de borrascas espantosas; pero no sabía ni me lo pensaba siquiera, que estuvieras pasando ahora una de esas terribles pruebas interiores; y sin embargo, así debe ser, á juzgar por la vehemencia con que expresas los sufrimientos de tu espíritu.

“Yo soy—me dices—esa pobre paloma arrollada por la tempestad. Tiempo ha que se cerró para mí la puerta de los consuelos y de aquellos sentimientos divinos que tanto me alentaban; se cerró... y hase abierto en mi corazón una fuente de amargura que rebosa y

se desborda y no me deja vivir. Las penas del Purgatorio me cercan por todas partes y no tengo donde guarecerme para librarme de ellas: penas insufribles en lo interior y en lo exterior, en los sentidos del cuerpo y en las potencias del alma; pero penas cruelisimas causadas, á lo que yo entiendo, por los espíritus malignos que, aunque invisiblemente, me rodean por todas partes, haciéndome experimentar todo el furor de sus iras. El lago de los leones en que fué Daniel metido no creo que sea peor, porque las pasiones se levantan contra mí como lobos hambrientos y los enemigos del alma como leones enfurecidos, haciéndome sentir cosas indecibles que casi me conducen á las puertas de la desesperación. Porque todo eso malo que me pasa interiormente, todo lo que allá siento, me dice el enemigo que es cosa mía, que yo lo consiento y lo quiero, que estoy perdida, que Dios me ha entregado en sus manos y que no hay remedio para mí. En fin, Padre, imagínese V. R. todos los tormentos, amarguras y tentaciones que pueda; presuma de mí todo el mal y todos los horrores que quiera, que por mucho que presuma corto se quedará. Y lo peor es que de vez en cuando alumbra las tinieblas de mi alma un rayo de luz divina que me obliga á verme delante de Dios tal cual soy; y al descubrir en mi alma con esa luz tanta miseria, al verme tan afeada ante la hermosura infinita y tan manchada ante el Dios de la pureza, nueva amargura devora mi alma, y me convengo de que soy indigna de Dios, de que estoy perdida, de que El me ha abandonado ó me abandonará sin remedio. Vamos, que la tempestad es horrible, la barquilla fragil, las olas furiosas, el viento huracanado, el naufragio inminente y no veo salvación para mí.”

¡Muy bien dicho, Margarita! No sé si habrás exagerado algo; pero yo conozco almas que, si dijeran eso,

no exagerarían, ni dirían con ello la mitad de lo que les pasa. Cuando Dios quiere purificar bien á un alma para unirla á sí de extraordinario y maravilloso modo, la hace sufrir el Purgatorio en vida, según dicen los santos que lo han experimentado; y no sólo el Purgatorio, sino los horrores del infierno, en frase de San Juan de la Cruz. Y no es de extrañar que así suceda; porque, si Jesucristo, Cordero inocentísimo, la noche de su pasión *fué entregado al poder de las tinieblas* para pagar nuestras culpas, justo es que el alma pecadora para pagar las suyas propias, para imitar al Cordero de Dios, para tomar parte en su pasión, ó para ser purificada, sea también en cierto modo *entregada al poder de las tinieblas*, á los espíritus malos: que con sus tormentos horribles y sus maldades sin nombre la harán exclamar como á un antiguo profeta: *¡Dolores inferni circumdederunt me!* (Salm. 17).

Libros enteros hay escritos y otros muchos se pudieran escribir sobre esas pruebas del alma, sus causas, objetos, fin y admirables efectos; pero esas cosas son para directores y no para dirigidos, y por eso las dejo aparte, limitándome en ésta á decirte cómo te has de portar en ese triste estado. Tú misma me dices que "la barquilla es frágil, la tempestad horrible, las olas furiosas, el viento huracanado, el naufragio inminente", y esto me recuerda la borrasca que los apóstoles sufrieron en el mar de Genesareth, imagen perfecta y símbolo acabado de esas tempestades del alma; por lo cual voy á presentarla á tu consideración para que medites en ella y aprendas lo que has de hacer. He aquí como refieren el suceso los evangelistas.

"Aconteció que un día entró Jesús con sus discípulos, en una barquichuela, y les dijo: Pasemos á la otra orilla del mar. Y partieron hácia allá. Mientras los discípulos navegaban, Él se durmió, y de repente se le-

vantó una gran tempestad de viento que bamboleaba la barca, llenándola de agua, de tal modo, que estaban á punto de hundirse y naufragar. Cuando ya las olas casi cubrían la nave, se llegaron á Él y le despertaron gritando: Maestro, ¿no se te da nada que naufragemos? ¡Sálvanos, Señor, que nos ahogamos! Y levantándose Él, increpó al mar diciéndole: *¡Cálmate!* y cesó la tempestad, sucediéndole una tranquilidad apacible. Entonces se volvió á los discípulos y les dijo: Hombres de poca fe, qué es lo que teméis? Y ellos temerosos y maravillados, decían entre sí: ¿Quién será éste que manda al viento y al mar y ellos le obedecen? Y pasaron á la otra orilla del mar.,

Muchas cosas hay que notar en este hecho referido hasta en sus menores detalles por tres evangelistas; pero ante todo quiero fijar tu atención en que la tormenta se cernía sobre la barca, á pesar de estar Jesús en ella; y que El entre tanto dormía, y aparentaba no cuidar de la nave, ni del peligro de sus discípulos. ¡Qué lección tan admirable nos da aquí el Salvador! En ella nos enseña á no creer que estamos abandonados de Dios ni dejados de su mano, por más que nos falte la paz del alma, por mas que suframos las violencias de enemigos interiores y exteriores, por más que horrenda tempestad de tentaciones se levante contra nosotros y nos ponga á peligro de perecer y sucumbir. En ella nos dice Cristo que no tenemos razón para abandonarnos al llanto, ni á la tristeza, ni á la desconfianza, por más que Él esté dormido, por más que no oiga nuestros gemidos, por más que aparente no cuidarse de nosotros y por más que veamos ya ir á pique la fragil navecilla de nuestra alma. Sí, Margarita; cuando seas objeto de ataques infernales; cuando te sientas casi sumergida en el tenebroso mar por donde navegas; cuando el demonio te diga que Dios te ha puesto en sus manos

como al santo Job, y cuando él afirme que estás perdida, que no hay remedio para tí, y que Dios no habita en tu alma; entonces, no lo creas, pobrecilla! Acuérdate de que Cristo estaba en la barquichuela, á pesar de que la inundaban las amargas olas: acuérdate de que Cristo dormía entonces muy tranquilo, como aparenta dormir ahora, sin acudir á tu socorro. Acuérdate de eso, y cree que Jesús navega, aunque dormido, en la nave de tu alma; y nave en la que él navega no puede perecer ni naufragar, por más combatida que esté de los enfurecidos mares.

Otra de las cosas dignas de atención que hay en ese pasaje, es la pregunta algún tanto irreverente con que los discípulos se quejaron de su Maestro. "Señor, ¿no se te dá nada que perezcamos? Estaban los pobrecillos luchando con la tormenta, les faltaban las fuerzas, se veían naufragar y esto les obligó á decir una expresión que en otras circunstancias normales hubiera sido poco respetuosa. Tal vez tú también al sentir levantarse contra tí las furias del averno, al verte arder en el fuego de la ira ó de otras pasiones, exasperada interiormente y llena de irritabilidad, prorrumpirás en amargas quejas contra Dios, creyéndote abandonada. Estas quejas que en otra ocasión serían pecaminosas, en esa no lo serán con tal que, á imitación de los discípulos, las dirijas al Salvador humildemente, diciendo: "¡sálvame, Señor, que perezco!,"

Y aquí es mucho de notar que Jesucristo se levanta de seguida y reprende á sus discípulos; pero no los reprende porque le han despertado; no porque se han quejado de Él tan amargamente, sino porque no han confiado en su bondad y en su providencia; porque han creído que, durmiendo, no los podía socorrer. Esta es á mi juicio la mayor falta y la más fácil de cometer en ese estado de prueba; las dudas y desconfianzas inju-

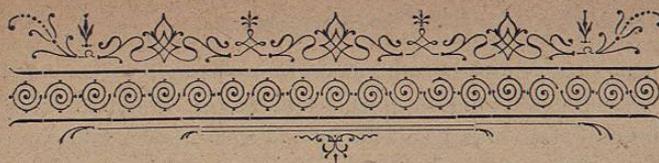
riosas para Dios. ¡Ay, Sor Margarita! no vaciles jamás; no dudes nunca de la amorosísima providencia de Nuestro Señor; no le hagas la injuria de creer que te abandona, que no atiende á tus plegarias, ni escucha los gemidos de tu corazón. Si difiere socorrerte, es para tu mayor bien; si permite la lucha, es para que consigas la victoria; si te deja arder en ese fuego, es para más purificar tu alma, y si te permite tantos sufrimientos, es para multiplicar tus méritos y tu gloria. ¡Animo, pues, y no vaciles! Cuando estés á punto de ahogarte, acude á Jesús, como los discípulos y despiértalo con tus clamores; que, si Él consiente que se levante contra tí esa deshecha borrasca, es para mostrar su poder, su bondad y el grande amor que te tiene. Acude á Él y despiértalo, que una mirada de sus divinos ojos basta para calmar esos mares alborotados. Y levantándose Jesús, amenazará al viento y dirá á la tempestad: ¡Calla! ¡Enmudece! Y cesarán los vientos y seguirá la bonanza.

No desfallezcas, pues, ni te dejes engañar del demonio. Por ese mar tempestuoso han navegado todas las almas que han arribado al puerto de la santidad, y Jesús te hace la gracia de llevarte por él: no le seas ingrata ni desagradecida. Poco importa que tú no conozcas el rumbo que llevas, ni á dónde te arrastra esa corriente impetuosa. Cristo es el piloto que conduce la barca y ésta no podrá perecer. Él conoce el derrotero y te llevará á las ignotas playas de los amores divinos; y allí, después de probada y purificada como el oro en el crisol, tendrás por descanso al Corazón Divino de Jesús. Y entonces, al sentir sus inefables caricias, te parecerá que has sufrido poco por su amor, que la paga es mayor que el trabajo y la bonanza más deliciosa que horrible fué la tormenta.

Te repito que seas muy confiada, porque Dios que

permite el levantamiento de la borrasca sobre el alma le ha señalado también su duración y su término; y cuando menos lo esperes, el imperio de su palabra divina tranquilizará la agitación de tu espíritu, haciéndole oír este mandato: *¡Cálmate!* Y al sentir la dulce y deseada calma, exclamarás admirada como los Apóstoles: ¿Quién es éste á quien el mar obedece? Es..... el Esposo de tu alma: aquel de quien canta el Salmista que domina el furor de los mares y mitiga el movimiento de sus ondas. Que Él sea contigo, dirija tu navecilla y la lleve al puerto de la paz desea tu afectísimo Padre,

FR. A.



## XLIII

VALOR Y MÉRITO DEL PADECER POR DIOS.

*Libenter gloriabor in infirmitatibus  
meis, ut inhabitet in me virtus Christi.*

Me gloriaré en mis enfermedades,  
para que habite en mí la virtud de  
Cristo.

II AD COR. 12.

**H**ERMANITA mía: Muy equivocada andas, al pensar que yo me habría de aburrir y fastidiar con el relato de tus males y tus penas, porque, en realidad de verdad, una de las mejores noticias que puedes darme es la de que sufres y padeces mucho exterior é interiormente. ¿Qué cosa mejor que padecer por Dios? ¿Cuál más agradable que ver castigado por la mano divina á un tan grande enemigo como es el cuerpo? En castigarlo tú, podrías tener dudas y temores de si me excedo ó no me excedo, si agradará á Dios que yo haga esta penitencia ó no le agradará; pero en sufrir trabajos, enfermedades y dolores, no hay nada de eso, porque se reparte la carga entre Dios y nosotros, de tal suerte que á Él le toca dar la disciplina y á nosotros rezar el *Miserere*; y una disciplina que Dios nos dé vale más que todas las penitencias que podamos hacer nosotros.

Esta verdad quiero que grabes bien en tu corazón

para sufrir con paz todas las adversidades; que las enfermedades y penas que Dios nos envía, bien sobrellevadas, valen más y son de más merecimiento y de menos peligros que todas las mortificaciones que podamos hacer nosotros, por grandes que sean. Esos males y tribulaciones nos asemejan mucho á Jesucristo, hacen subir de quilate nuestra virtud y nos ponen en aptitud de recibir muchas mercedes y gracias del cielo. Así lo dió á entender el Apostol cuando dijo que de buena gana se gloriaba él en sus enfermedades y penas para que en él habitara la virtud de Cristo. Mira, pues, si podías darme nueva más grata que la de hacerme saber los males y tribulaciones con que Dios te prueba. Las penas y los dolores son de tanta estima á los ojos de Dios, que muchas veces suele Él pagar con eso los grandes servicios que le hacen sus amigos y siervos muy regalados, como se ve en la vida de todos los santos.

Cansado y fatigado de hacer obras de misericordia, se acuesta el patriarca Tobias á descansar un poco, y estando dormido, de un nido de golondrinas que había en el techo, cayó suciedad sobre sus ojos, de cuya resulta quedó ciego. ¿Es este el galardón que merecían aquellas obras de piedad y aquellos servicios hechos á Dios? ¡Sí, sin duda alguna! Ese es el mayor premio que Dios puede dar á quien bien le sirve; así lo enseña la razón y vamos á probarlo con este pasaje de la Escritura Sagrada.

Cuando el rey Asuero quiso pagar á Mardoqueo el servicio que le hizo, descubriendo la conjuración tramada contra él, preguntó á su primer ministro qué debía hacer el rey que quisiera honrar á un vasallo suyo, cuanto fuera posible honrarle; y Amán le contestó: Señor, paréceme que el mayor honor que un rey puede hacer á un vasallo es adornarlo con sus mismas vesti-

duras reales, ponerlo en su mejor caballo ó en su propia carroza y mandar que los grandes de su córte le acompañen por la ciudad gritando en alta voz: Esta es la paga que da el rey por los servicios que se le hacen y así honra á los que él quiere honrar. Y á la verdad, ¿qué mayor premio puede dar un rey por los servicios que se le hacen? ¿Qué galardón mayor que ponerle sus vestiduras, darle su cetro y ceñirle su corona? ¿Y cuál es la corona, cuál es el cetro y cuál es el traje de nuestro Rey celestial, sino la cruz, las afrentas y los dolores? ¿Luego á quien Cristo dé parte de su cruz, de sus tormentos, de sus injurias y de su pasión toda entera, á ese le hace la mayor honra que le puede hacer en el mundo. ¡Oh, si entendiéramos bien ésta verdad! ¡Oh, si miráramos la honra que Dios nos hace cuando nos envía males y tribulaciones! ¡Cuánta paz tendríamos y qué bien recibiríamos todas las penalidades de la vida! ¡Cómo bendeciríamos la mano que nos hiere, y la lengua que nos maldice, y el corazón que nos aborrece, y la cabeza que maquina el modo de hacernos mal!

Bien sé que nuestro amor propio y el demonio para engañarnos, hacen esta objeción: Si los trabajos me vinieran de la mano de Dios, yo los recibiría de buena gana; pero no vienen de Dios, sino de fulana, que me quiere mal; ó de la otra que me tiene envidia; ó de aquella, que no me puede ver y me persigue. Dios te libre, Margarita mía, de discurrir así, porque entonces vas perdida y no sacarás provecho, sino daño, de las cruces que Dios te envía. Bien puede ser que aquella te quiera mal y la otra te persiga, y que con eso peque; pero esto no es cuenta tuya, que ella la dará á Dios, y muy estrecha; lo que tú debes pensar es que, aunque Dios aborrezca el pecado que ellas cometen, quiere, sin embargo, los efectos de ese pecado;

esto es, las humillaciones, penas y tribulaciones que te hacen sufrir. Y no pienses que este es un simple parecer mío, que no es sino una verdad de fe contenida en la Sagrada Escritura. *Non est malum in civitate quod non fecerit Dominus.* Es verdad que Dios se vale de instrumentos para hacer su obra, como se vale el escultor de los suyos para labrar la madera; pero el artífice verdadero es él y no la barrena que taladra ni la gubia que roe; y si esos instrumentos se inutilizan, él los tira á la basura y se vale de otros para proseguir su obra; quiero decir, que si las criaturas escogidas por Dios para instrumentos de tu santificación, ofenden á su divina Majestad, porque ponen de su parte la mala voluntad y el pecado que Dios aborrece, Él las castigará según la culpa que cometan y á tí te dará el premio de tus sufrimientos.

Quiero que vivas muy persuadida de esta verdad, porque sin ella perderás el fruto de tus trabajos, y así me voy á servir de una comparación bien sencilla. Supongamos que estás enferma y que el médico te manda una medicina amarga y un par de cáusticos, los cuales te propina la enfermera en cumplimiento de su deber: dime ¿á quién atribuirás tú esa medicina, á ella ó á él? ¿Quién te la manda, la enfermera ó el médico? Pues supongamos que la enfermera no te puede ver, y por lo mismo se alegra de tus males y llena más el vaso de bebida, y carga más el sinapismo por verte sufrir; pero con tan feliz resultado, que por haberte tratado con crueldad te has puesto mas pronto buena: dime, ¿no se lo debías agradecer? Es verdad que ella ofendió á Dios é hizo mal en alegrarse de tu dolencia y en hacerte sufrir; Dios detesta su falta y la castigará, pero Dios quería tu salud y la consiguió por ese medio. Ella pudo contribuir muy bien á tu salud por caridad y no por aversión, como lo hizo; culpa suya fué portarse así, pe-

ro culpa que redundó en tu provecho, y por lo mismo le debes estar agradecida. Mira, pues, si tenía razón para decirte que debemos bendecir la lengua que nos maldice, y amar el corazón que nos odia, y volver bien por mal, como Cristo nos aconseja en su evangelio. Miradas las cosas de este modo, dan paz al alma y ayudan mucho á nuestra santificación; pero miradas humanamente, no traen sino disturbios y rencillas, perdición de algunas comunidades.

¡Vengan, pues, enfermedades, dolores, tentaciones, penas, tribulaciones, calumnias, persecuciones y cuantas cruces quiera el Señor enviarnos! ¡Viva la Cruz! ya la mande Dios por sí mismo ó por las criaturas. ¡Viva la Cruz! venga por medio de las criaturas visibles ó invisibles. ¡Viva la Cruz! ya venga de adentro ó de afuera, ya de los hombres ó ya de los demonios. ¡Viva la Cruz y viva el padecer! que no hay en el cielo ni en la tierra cosa más estimable que ésta para el verdadero religioso. Tengo para mí que si en los ángeles y Santos del cielo pudiera haber envidia, la tendrían ciertamente de los justos que son afligidos y atribulados en esta vida, porque con estas tribulaciones merecen lo que ellos no pueden merecer. Los que gozan ya con Dios en el cielo deben á Dios aquellos goces, y son deudores suyos; pero los que por amor de Dios padecen y sufren acá en la tierra, son á su manera acreedores de Dios, y en cierto modo el Señor se hace deudor de ellos. Pues valiendo tanto el padecer, que hace á Dios deudor nuestro, ¿cómo tiene tan pocos amadores aun entre las esposas del Crucificado? ¿Cómo se huye tanto de la Cruz? No le hagas tú esos desaires, sino ámala con fervor de espíritu, ama las enfermedades, desprecios y humillaciones vengan por donde vinieren; no te quejes jamás de verte perseguida ó menospreciada; y sea tu consuelo en toda tribulación aquella sentencia del

Apostol: Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo.

¡Oh qué gran bien nos hace el Señor cuando nos envía tribulaciones! en eso muestra querernos bien, y es la mayor y más señalada prueba de cariño que nos puede dar, la prenda más segura y cierta de que somos sus amigos, pues porque lo somos nos prueba y regala para que hagamos asiento en la virtud. La virtud que no se prueba es de pocos quilates y de poco valor mientras que la muy probada es de mérito exquisito, mérito que acrecienta el derecho á nuevas gracias y á nuevas recompensas. Siendo, pues, cosa tan preciada las cruces y los trabajos, y sabiendo que todos ellos los envía Dios para nuestro provecho, gran sandez y gran locura sería inquietarnos por ellos y recibirlos mal. No digo que la carne flaca y la naturaleza rebelde no sientan la Cruz y giman bajo su peso; lo que digo es que el espíritu no la rechace ni aborrezca, sino qué la abraza con entera conformidad.

Habiendo esto, no es falta ninguna sentir en la parte inferior repugnancia al padecer, ni pedir al Señor que nos libre de él, con tal que tengamos conformidad con la voluntad de Dios: pues vemos que Cristo en el huerto pidió á su Eterno Padre le librara de aquel Cáliz; añadiendo empero que no se cumpliera su voluntad sino la del Padre. Tampoco es falta quejarse amorosamente á Dios cuando estamos atribulados, pues vemos que Cristo en la Cruz se quejó al Padre de que lo había desamparado, pero con tanto amor que inmediatamente le entregó su espíritu, encomendándolo en sus manos. Sea éste tu modo de proceder en las tribulaciones, y él te hará tan semejante á Jesucristo, como desea tu afectísimo Padre,

FR. A.



## XLIV

CRÉDIDI Ó EL SALMO DE LAS RELIGIOSAS.

**C**ARÍSIMA en Cristo: Buen pensamiento me ha sugerido la lectura de tu grata. Dices en ella que, aunque no entiendes bien el significado del salmo 115, no obstante, cada vez que lo rezas, hallas en él un gusto especial, un sabor de cielo que te encanta y embelesa, sobre todo las palabras *Vota mea Domino reddam*, y aquellas otras que dicen *Quid retribuam Domino*, te parece á tí que fueron dichas de intento para que las religiosas expresaran con ellas los sentimientos y afectos de su corazón agradecido; y que tanto esas palabras como todas las demás deben ser objeto muy digno de meditación para las almas á Dios consagradas. Y como consecuencia de esto añades: "Si estoy en lo cierto, entreténgase usted un día en parafrasearme ese cántico del profeta-rey para consuelo mío y de mis hermanas; y si no, dispense mi atrevimiento."

Al leer esto, reflexioné un poco, ví que tenías razón y me propuse darte gusto, dedicando la presente